



*Relationships with others and with transcendence  
in Life is a dream: teachings for today's society*

*Las relaciones con los otros  
y con la transcendencia en  
La vida es sueño: enseñanzas  
para la sociedad actual*

JAVIER BARRACA MAIRAL

Titular de Filosofía URJC  
javier.barraca@urjc.es

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2023.34.007>  
Bajo Palabra. II Época. N° 34. Pgs: 141-160



Recibido: 27/11/2021

Aprobado: 07/10/2023

## Resumen

Se examinan los vínculos entre las relaciones que los sujetos establecen con lo trascendente y las que mantienen consigo mismos y los demás en *La vida es sueño* de Calderón. Gracias especialmente al proceso de evolución del protagonista, Segismundo, se ahonda en las claves de la maduración integral. Se exploran la actualidad del tema y sus enseñanzas. Se advierte que la visión de lo trascendente y de la propia identidad influyen en la forma de orientar las relaciones consigo mismo y los otros, a la vez que son influidas por ello. Se concluye el valor de articular un vínculo con la trascendencia y con la propia subjetividad que propicie encuentros intersubjetivos fecundos.

*Palabras clave:* Calderón, relaciones interpersonales, trascendencia, identidad, subjetividad, encuentro, humildad, perdón.

## Abstract

This text examines the close links that exist between the relationships that subjects establish with the transcendent, and those that maintain at the same time with themselves and with others. It analyzes this specific issue in *La vida es sueño* by Calderón. Thanks especially to the process of evolution lived in this sense by its protagonist, Sigismund, we pay attention to the fundamental keys of integral maturation. Throughout the work, we explore this topic in our society and the profound teachings that derive from its research. It is concluded that the personal vision that people have of God and of their own identity and origin, together with the ties that bind them to the highest, have a powerful influence on their peculiar way of orienting their relationships with themselves and with others. From all this, the value of articulating a link with transcendence and with one's own subjectivity that fosters fruitful intersubjective encounters, is also derived

*Keywords:* Calderón, interpersonal relationships, transcendence, identity, subjectivity, encounter, humility, forgiveness.

«Arte es la imagen del entre»

ALEXANDER S. KOHANSKI<sup>1</sup>.

### Presentación: Los vínculos interpersonales y lo profundo en *La vida es sueño*.

Pocas obras de la literatura universal alcanzan la profundidad filosófica de *La vida es sueño*, auténtica pieza maestra del barroco<sup>2</sup>. Tan honda se la ha juzgado que se la ha calificado como drama filosófico, tragicomedia, etc.<sup>3</sup> Numerosos pensadores han puesto su mirada con admiración en ella (como Goethe, Schopenhauer, etc.) Ahora bien, a la hora de meditar de su mano, muchos son -y de gran enjundia- los temas que atraen habitualmente la consideración en una obra tan honda y brillante como *La vida es sueño* de Pedro Calderón de la Barca<sup>4</sup>.

Entre los interrogantes que la pieza formula, se acostumbra a citar la idea de la vida humana como un sueño -dado el título y argumento del drama-. Sus versos más conocidos, los del final de la escena XIX, siempre dignos de consignación y recuerdo, lo expresan maravillosamente, como sabemos: “que toda la vida es sueño,/y los sueños, sueños son”<sup>5</sup>. También se mencionan como temas relevantes de esta pieza el asunto de la libertad y el respeto a la autoridad u orden, a causa de las pendulares peripecias vividas a este respecto por Segismundo, el protagonista (prisionero, liberado, vuelto a prisión y finalmente de nuevo libre en el decurso de la historia). Asimismo, suelen analizarse en la obra cuestiones como la búsqueda de la identidad o vocación personal, el honor, la educación, los vínculos paterno-filiales, etc. Y, respecto a las relaciones interpersonales, entre los personajes se dan diversos entre-cruzamientos más o menos complejos y una evolución. Todas estas relaciones

<sup>1</sup> Kohanski, A. S., *An analytical interpretation of Martin Buber I and Thou*, Nueva York, Barron's educational series, 1975, p. 156.

<sup>2</sup> Para la estética del Barroco, y en particular en relación con el drama español de su época, cf. Menéndez Pelayo, M., *Historia de las ideas estéticas en España*, vol. I, Madrid, CSIC, 1974.

<sup>3</sup> Morón, C., “Introducción”, en *La vida es sueño*, Madrid, Cátedra, 1979, pp. 11-63.

<sup>4</sup> A este respecto, cf. la sugestiva selección de asuntos tratados en el drama ofrecida en su estudio introductorio por C. Morón: “Introducción”, en *La vida es sueño*, op. cit., pp. 11-63.

<sup>5</sup> Calderón de la Barca, P., *La vida es sueño*, Madrid, Cátedra, 1979, p. 149. Encuadrados en la estrofa compuesta por los versos 2178-2188.

se ven plagadas de heridas, son relaciones que precisan de una honda sanación o maduración moral.

Dentro de lo relacional, existe un tema concreto que aquí se desea analizar. Se trata de las relaciones entre los seres humanos y la transcendencia -entre la persona y lo que la supera o trasciende-. Esto puede incidir en la relación con los otros y aun con uno mismo y viceversa. Lo traemos ante la atención, debido a que este asunto posee relevancia e interés en el análisis filosófico del texto, y porque juzgamos que puede aportar una relevante y perenne luz a la hora de estudiar, en nuestro tiempo, el modo de plantear y vivir las relaciones de cualquier sujeto humano con sus congéneres<sup>6</sup>. Esto resulta clave para las ciencias de la educación, las sociales, jurídicas y políticas. Cabe examinar, en fin, en el drama, si la forma en que los seres humanos comprenden y viven su relación con la divinidad, con el misterio de lo transcendente, repercute de un modo relevante en su manera de proyectar sus lazos interpersonales y sociales y si, a la inversa, estos lazos afectan a lo primero. La imagen concreta y personal que algunos personajes tienen o no de Dios parece, en la obra, proyectarse sobre la forma en que estos se comportan y vinculan con los otros, tal como sucede en el caso del protagonista, Segismundo. Los modos de orientarse con respecto a los otros, a su vez, muestran inicialmente al menos cierta repercusión, de acuerdo con los avatares recogidos en la pieza, en el particular encuentro de los sujetos con lo transcendente. Así pues, se plantea el tema aquí de una cierta respectividad, una influencia recíproca o de doble sentido, entre los vínculos con los otros y la visión y relación con lo transcendente y con la propia subjetividad.

### *Sentido de la existencia personal y transcendencia en el marco calderoniano.*

No cabe interpretar, de modo integrador con pleno fruto, *La vida es sueño* sin hacer referencia a las cuestiones del fundamento más hondo y del horizonte del sentido último. Esto, tanto con respecto a la realidad en general, como a la existencia humana en particular. A este propósito, merece la pena considerar cuál puede ser el trasfondo más profundo y el significado final que late como un soterrado cauce entre sus versos.

No resulta legítimo orillar o desdeñar la cuestión de lo transcendente y de Dios y de la meta u orientación de la vida humana, en una obra con tantas connotaciones metafísicas como la que nos ocupa. Ni Calderón ni su tiempo se revelaron en modo

---

<sup>6</sup> Para ello, debe realizarse una lectura creativa y genética del texto, tal como aconseja en su método el pensador López Quintás. Cf., López Quintás, A., *El arte de leer creativamente*, Barcelona, Stella Maris, 2014.

alguno indiferentes a estos graves asuntos, sino que por el contrario exhibieron una profunda preocupación teológica y antropológica, una sensibilidad acentuada con respecto a la dimensión moral, espiritual y religiosa<sup>7</sup>.

Pero ¿en qué medida y de qué forma se halla presente esta inquietud en torno a los interrogantes últimos y definitivos, en nuestro drama? ¿Cuál es en concreto su alcance, y cómo se refleja la visión que de Dios y del ser humano expresa el autor? Además, aquí, buscamos investigar también cómo esta forma de enfocar los lazos con lo superior puede afectar a los vínculos humanos, o verse afectada por estos; y extraer de ello reflexiones y enseñanzas valiosas para nuestro propio tiempo.

### *Explorar los vínculos entre lo antropológico y la visión de lo transcendente.*

No se va, aquí, a pretender marcar un único orden o fijar un solo sentido respecto a la incidencia de los diversos tipos de relaciones entre sí. Los lazos con lo transcendente se ha afirmado que inciden en los lazos con nuestros congéneres y con nosotros mismos, pero estos otros acaso también repercuten a su vez en lo primero<sup>8</sup>. La influencia entonces sería recíproca, multidireccional, simultánea y continua<sup>9</sup>. Ahora bien, una fecunda manera de adentrarnos en las cuestiones más hondas, planteadas por la obra, como es el vínculo personal con lo divino y sus connotaciones relacionales, consiste en explorar qué conexiones precisas presenta esto con la forma de vivir sus experiencias existenciales, por parte de los personajes. También, cabe analizar las meditaciones y las emociones suscitadas por ellas en tales personajes. Se formulen o no de modo expreso las creencias y convicciones de fondo de los protagonistas, cabe advertir enseguida que estas aparecen ante nosotros, cuando observamos con atención las raíces de sus reacciones y las intenciones más hondas que las inspiran.

Así, constamos cómo las dolorosas relaciones paterno-filiales sufridas por Segismundo y Rosaura van a marcar sus temperamentos y suertes en un grado muy intenso, y cómo guían parte de sus respectivos avatares en la escena, al tiempo que condicionan sus concepciones acerca del sentido de su vida, o el vínculo de todo ello con lo transcendente. Queda manifiesto, en la obra, cómo la relación con el “tú” (ya sea este el Tú con mayúscula de lo transcendente, o bien el “tú” de los semejantes)

<sup>7</sup> Así lo acredita el estudio filosófico de su tiempo. Cf., Truyol y Serra, A., *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*, vol. II, Madrid, Revista de Occidente, 1976.

<sup>8</sup> Sobre estas tres clases de relaciones y su entrelazamiento mutuo cf.: Barraca, J., *Originalidad e identidad personal*, Madrid, San Pablo, 2017.

<sup>9</sup> Como testimonia el estudio de Maceiras, M., *Identidad y responsabilidad*, discurso de apertura del curso académico, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1994.

constituye un elemento fundacional en la génesis de la propia subjetividad y de la identidad personal.<sup>10</sup> Esto, lo han revelado también pensadores contemporáneos, como por ejemplo el pedagogo J. Kantenich, quien expuso el carácter fundamental de los vínculos para el desarrollo de la originalidad personal, según se expresa en su aserto: “El tú es la cuna del yo”.<sup>11</sup> O el filósofo dialógico M. Buber, quien enunció con claridad: “(...) las palabras primordiales no significan cosas, sino que indican relaciones (...) La palabra primordial yo-tú”<sup>12</sup>.

A su vez, las supersticiosas creencias de Basilio, acerca del conocimiento proporcionado por su estudio de los astros, la predestinación humana y la absoluta determinación de lo real, propician y desencadenan los fatales hechos que originan el drama. Su visión un tanto gnóstica y esotérica, así como su credulidad fideísta en su pretenciosa ciencia astrológica, le conducen a unas relaciones con los otros –y con su hijo– mecanicistas y represivas. Por ello, de acuerdo con sus prejuicios acerca de lo trascendente y del porvenir, va a tratar a la persona de su propio vástago como un objeto de manipulación, al que priva del afecto necesario, de los vínculos clave para su desarrollo y de la misma libertad.

¿Qué visiones concretas de Dios o de lo que va más allá de lo humano, se ponen en juego, por unos u otros personajes, en esta obra?, ¿cuál es el vínculo de estas cuestiones fundamentales con los lazos y relaciones humanas aquí desplegados? ¿En qué medida afectan las preguntas y respuestas más hondas a las conductas que en el drama se nos muestran? ¿Cómo extraer de ello lecciones valiosas para nuestra propia vida, hoy?

Sin las cuestiones y referencias últimas, quedan sin su hilo de fondo y de sentido los diferentes asuntos, engranados en la obra; por ello, estas hondas inquietudes nos ayudan a comprender de forma integradora y a profundizar en las diferentes soluciones y desarrollos que se dan a los sucesos y acontecimientos descritos. La imagen de Dios o de lo trascendente y la del ser humano, que en estos versos se proyectan, resultan pues cruciales para captar en todo su alcance nuestro drama. La teología y antropología subyacentes en la obra constituyen, sin duda, un asunto complejo y arduo, pero que no debe esquivarse. Además, una y otra se condicionan mutuamente e influyen de manera recíproca, a lo largo del drama. Esto conecta con el desarrollo, hoy, de áreas de investigación como la antropología teológica o la reivindicación de una fenomenología de lo relacional, etc.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> Ricoeur, P., *Sí mismo como otro*, trad. A. Neira, Madrid, Siglo XXI, 1996.

<sup>11</sup> Sobre la fecundidad de los vínculos más altos y del arraigo humano, puede acudir en efecto a Kantenich, J., *Textos pedagógicos*, Santiago, Santiago, Nueva Patris, 2008.

<sup>12</sup> Buber, M., *Yo y tú*, traducc. C. Díaz, Guatemala, Sinergia, 2014, pp. 9-10.

<sup>13</sup> En clave de estas, cf. Barraca, J., *Vocación y persona: ensayo para una filosofía de la vocación*, Madrid, Unión Editorial, 2003.

*Diversidad de formas de relación con lo trascendente y de actitudes en los personajes.*

En la composición estudiada, no se da un único modo de enfocar la relación con lo trascendente, con uno mismo y con los otros. De alguna manera, cada personaje orienta sus relaciones en estos y otros campos de forma singular, como de hecho sabemos sucede en la propia existencia humana<sup>14</sup>. Ahora bien, unos se hallan más cerca de otros a este respecto, y asimismo aparece claro que este asunto repercute hondamente en las actitudes más profundas que luego cada cual exhibe. El ya citado Kentenich ha mostrado, a este propósito, la retroalimentación de unos vínculos con otros, la incidencia de nuestra forma de relacionarnos con lo divino, con nosotros mismos y con los demás. Por esto, se ha hablado acerca de la necesidad de vivir de un modo “orgánico”, integradora y armónicamente, nuestras diferentes relaciones; incluso de cómo un plano de relación influye en el otro y es influido a su vez por este, dándose una “transferencia” vital entre uno y otro<sup>15</sup>.

Así, Segismundo y Rosaura ven teñidas sus relaciones con la transcendencia, los otros y aun consigo mismos por la indignación y la abierta rebeldía. Por esto, el primero exclama airado: “¡Ay, mísero de mí, y ay infelice! / Apurar, cielos, pretendo, / ya que me tratáis así, / qué delito cometí / contra vosotros, naciendo; / aunque si nací, ya entiendo / qué delito he cometido: / bastante causa ha tenido / vuestra justicia y rigor, / pues el delito mayor / del hombre es haber nacido”<sup>16</sup>.

Tanto Segismundo como, en parte, Rosaura desconfían, recelan de todos y de todo, a causa de sus doloras experiencias de relación. Por ello, la vida se convierte a sus ojos en una protesta y reclamación continuadas. Algo parecido acontece, quizás, con muchos de nuestros coetáneos, en la presente sociedad. Rotos sus vínculos más fecundos con lo divino, Rosaura y Segismundo se hallan sumidos no en la negación de la existencia de Dios, sino en una contestación reactiva de la esencia amorosa de la divinidad y de lo bondadoso de su providencia. No hay aquí un ateísmo militante, por llamarlo de este modo, un ateísmo de activa negación de la dimensión trascendente; pero sí cierta oposición, que cuestiona y reprocha la supuesta bondad de Dios al consentir éste tanta injusticia. Así, el lazo religioso o espiritual con lo trascendente se ve afectado, como revelan las actitudes de ambos, y afecta a la par a las quebradas relaciones que mantienen consigo mismos y los otros. Por añadidura, de una grave manera, estos sujetos también se entregan al vértigo de la auto-destrucción de su dicha, embriagados por su amargura, se recrean un tanto

<sup>14</sup> Si bien, un análisis de las claves compartidas o denominadores comunes fundamentales de lo relacional humano, se encuentra con fruto en Buber, M., *Yo y Tú*, op. cit.

<sup>15</sup> Kentenich, J., *Textos pedagógicos*, op. cit.

<sup>16</sup> Calderón de la Barca, P., *La vida es sueño*, op. cit. Versos 103-113.

al inicio en la dañina disolución de sus lazos humanos. Su honda frustración, su rencor o resentimiento vital –nacido de su desesperación, tal como analizara Kierkegaard con respecto al sujeto moderno<sup>17</sup>- constituye la clave de su peculiar modo de orientarse en la existencia, y esto impregna todas sus vinculaciones. De alguna manera, encarnan vitalmente el célebre aserto de Sartre: “El infierno son los Otros” (en francés, “L'enfer, c'est les Autres”)<sup>18</sup>. Así, sus graves heridas interiores parecen arrastrarlos a la destrucción de los nudos interpersonales y sociales, junto a la demolición de las estructuras de encuentro más fecundas y aún básicas, incluidas las institucionales (familiares, jurídicas, político-sociales). Ni Segismundo ni Rosaura tienen un hogar, un nido adecuados, y así viven desarraigados, sin raíces, sus padres les han fallado profundamente, y ambos han caído en el desamparo, en la angustia vital, que tinta también sus relaciones consigo mismos y sus vínculos con la transcendencia y con Dios mismo, a quien reprochan su situación. Pues bien, ¿algo similar no les ocurre, hoy, a muchos de nuestros conciudadanos, cuyas relaciones se ven hondamente quebradas, frágiles, vulnerables? Precisamente, por ello, en estos momentos, henos aquí ante la conveniencia de reflexionar, en la actualidad, en torno a la elocuente y enriquecedora evolución de estos personajes, gracias a nuestra luminosa obra.

Basilio, Clotaldo y los demás aparecen, a su vez, vivir más bien un deísmo, que no cuestiona tampoco el existir divino. No parecen rebelarse con ira como los anteriores contra lo que les supera. Pero eligen resolver sus problemas solos, sin contar con la mano de lo más alto, que estiman acaso lejana o ajena a sus inquietudes. Sus esperanzas no están puestas fundamentalmente en lo divino, y confían más en su ciencia, su poder, sus acciones, sus nobles abolengos, en la fama o en sus humanos apoyos y recompensas. He aquí un cierto alejamiento de lo religioso, al menos en su clave de encuentro personal y misericordioso, una tendencia a separar lo natural y lo sobrenatural, lo humano y lo divino, lo terreno y lo celeste. Es un dualismo práctico, resuelto en pragmatismo y utilitarismo. Sin duda, esto mismo constituye también un fenómeno muy propio de nuestro momento.

Ahora bien, el culmen de estas actitudes, alejadas de un estrecho e íntimo nudo de tipo personal y amoroso con Dios, quizás lo brinde en la obra la figura del gracioso paje que acompaña a Rosaura: Clarín. Este ya no se preocupa por lanzar enojadas interpelaciones a Dios o al cielo, en cuanto a lo hondo de su injusticia, en un sentido metafísico o una iracunda busca de sentido. No se indigna, en el significado más contestatario o revolucionario del término; simplemente se queja sin cesar, de

---

<sup>17</sup> Kierkegaard, S., *La enfermedad mortal*, Madrid, Trotta, 2008.

<sup>18</sup> Sartre, J.-P., *A puerta cerrada (Huis clos)*, Oviedo, Ed. Losada, 2017.

una forma práctica, a su señora o a aquel de quien cree poder arrancar un favor o ventaja inmediatos. Tampoco, batalla contra algo que pareciera perseguirle a modo de destino, ni persigue -al margen de Dios o de cosa alguna-, como hacen los restantes, ningún fin preciso, ninguna meta definida anhelada. Ante todo, se limita a dejarse llevar por la existencia sin otro propósito que su efímero estado coyuntural. Sencillamente, es la más extrema indiferencia la que preside sus inexistentes relaciones, aparentemente, con lo divino, con el sentido o con lo profundo. Su actitud propia es la de lo frívolo, la anomia, la entrega al voluble deseo circunstancial, la del mero oportunista sin principios de tipo alguno. Así lo demuestra al dejarse pasar incluso por el príncipe Segismundo, con tal de escapar de prisión; o al rehuir la lucha, etc. Su relativismo extremo ha hecho de él un sujeto vacío, vacío, sin hondura, ni raíz, desprovisto de fondo propio. Nunca se hace alguna de las metafísicas y transcendentales preguntas que acosan a los demás personajes. Los otros sólo le interesan como medios para satisfacer sus ocasionales y fugaces impresiones, son los hilos de una red anónima e impersonal sobre la que se mueve con ansiedad a su mudable antojo. Los demás apenas representan para él un escenario, un público ante el cual interpreta su narcisista existencia. El favor, aplauso o asentimiento de estos le brindan la oportunidad de desenvolverse según sus apetencias.

De alguna manera, Clarín hace infelizmente honor a su nombre. Es mero instrumento que resuena, pero no se corresponde propiamente con el ser de la persona, en cuanto no posee substantividad, todo en él resulta accidental. Constituye el máximo exponente de lo que hoy cabría caracterizar como el sujeto postmoderno, un sujeto ya sin sujeto, que ni sabe quién es ni parece preocupado por investigarlo en modo alguno, no parece ansiar sentido profundo alguno<sup>19</sup>. Se trata, en gran medida, del nihilista sin tragedia, del ateo práctico de la indiferencia hacia todo y hacia todos. No es ateo teórico, en tanto no niega con razones ni la existencia ni la esencia divina, pero no parecen importarle en absoluto, y las ignora vitalmente. Acaso, vive la increencia más extendida en nuestro mundo contemporáneo en el ámbito desarrollado.

Mas, Clarín termina mal, en nuestro drama, pues su desvergüenza, veleidad y egoísmo le conducen a una huida sin término en la que no hay encuentros profundos, de uno u otro signo, ni consigo mismo ni con Dios ni con los otros. Su superficial existir concluye en una mascarada, y es ella misma una máscara vacía de valores, de vínculos y, en definitiva, de sentido. Sólo, al final, Dios viene a sus

---

<sup>19</sup> Desoye así las reflexiones acerca de la necesidad y fecundidad de esta búsqueda humana natural de un sentido existencial profundo, expuestas por Frankl, entre otros. Cf. Frankl, V., *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 2001.

labios, mas ya esto en forma de un triste lamento sin remedio y como consejo para los ajenos oídos: “mirad que vais a morir/si está de Dios que muráis”<sup>20</sup>.

*Dios como Creador en La vida es sueño.*

Ha de advertirse que Dios, se planteen los vínculos con él de una u otra forma, se encuentra sin embargo siempre presente en la boca de los protagonistas. De uno u otro modo, desde el principio, no abandona nunca las estrofas en el transcurso de la obra. Muchos de los personajes lo mencionan explícitamente, comenzando por Segismundo desde el inicio, y parecen incuestionables su existencia, su poder e incluso su acción e intervención, aunque en ocasiones o no se comprenda su sentido o incluso se dude de su acierto.

No es el de Calderón, si atendemos a cómo resuelve finalmente este su drama, el Dios lejano e indiferente del deísmo, ni el ser anónimo e impersonal de los teístas o de los mecanicistas, ni aquel difuminado ente del panteísmo o el materialismo en ninguna de sus formas, ni por supuesto se da aquí a este respecto la negación rotunda y nihilista del escepticismo o el ateísmo. De forma continua está en los labios de todos, gracias a expresiones características como: “te guarde Dios”, “vive Dios”, “si quiere Dios”, “válgate Dios”; o a reflexiones del tipo: “Dios con el dedo escribió”, “(...) Si está de Dios que yo muera”, etc. Las constantes evocaciones a los cielos o al cielo, a lo alto, y las invocaciones a estos –“al Cielo y a Dios plugiera”, “ (...) ¡Válgame el cielo!”-, “(...) Sentencia del cielo fue”-, constituyen asimismo el reflejo de esta honda y permanente presencia de lo divino.

La íntima conexión que existe entre las visiones de Dios y del ser humano que Calderón expone, en su drama, puede también observarse, si fijamos nuestra atención en la dirección de los distintos procesos de sus personajes. Así, el autor nos describe al hombre, en definitiva, de acuerdo con la conclusión del argumento de su obra, como un ser creado por Dios a su imagen y semejanza, llamado libremente al amor y a los más fecundos valores<sup>21</sup>.

Que el ser humano es criatura aparece desde los primeros versos, en labios de Segismundo, quien describe a cuanto le rodea, no sólo a sí mismo, como obra de Dios. Él reivindicará enseguida además el especial valor del ser humano, que encarna su identidad, en medio de lo creado, al constituir su imagen gracias a su ser

<sup>20</sup> Calderón de la Barca, P., *La vida es sueño*, op. cit., p. 181. Versos 3094-3095.

<sup>21</sup> En ello, entronca con la tradición filosófica y teológica cristiana en la que se enmarca el autor. Cf., Aquino, T. de, *Suma de Teología*, Madrid, BAC, colección Maior, 1990.

personal: “y teniendo yo más alma/tengo menos libertad...”<sup>22</sup>. Los avatares de la obra manifestarán, luego, que la llamada a vivir el amor y los valores se realiza y debe desplegarse desde ese don precioso e insubstituible de Dios a los hombres que se halla en la libertad.

Por otra parte, el carácter creatural del ser humano queda reflejado también en el itinerario vital de sus protagonistas. Tanto Segismundo como Rosaura muestran con claridad el rasgo de fragilidad y finitud característico de toda criatura. No viven en un mundo o sociedad perfectos, ni lo son ellos mismos ni quienes les rodean. Pensemos que Segismundo vive encadenado y alcanza a reconocer haberse él mismo conducido erradamente, o que Rosaura sufre esta debilidad humana tanto en relación con su padre como con su prometido, quienes la han defraudado. Sus figuras protagonistas ofrecen, así, ya desde su aparición, un canto a lo que la Filosofía ha denominado el tenor contingente de lo creado y del ser humano en particular.

Los discursos y parlamentos de sendos protagonistas expresan esta contingencia y fragilidad de lo humano, a través de la pena, la queja y el reproche. Los dos viven situaciones difíciles y dolorosas, duras de sobrellevar, incluso injustas. A lo largo de las escenas, esta finitud y debilidad humanas aparece no sólo en los sujetos principales sino en gran parte de los personajes de muy diferentes maneras: muerte, olvido, culpa, orgullo, cólera, apariencia, violencia, ignorancia, imperfección, traición, cobardía, venganza, etc. En realidad, esta clase de reflexiones en torno a lo caduco, lo inconstante, lo contingente y variable del ser del hombre no pueden sorprendernos, y ya se registraron con intensidad en el pensamiento que se desarrolló en el marco histórico del barroco hispano, marco epocal y cultural que envolvió a Calderón y a su obra de un profundo modo<sup>23</sup>.

Un signo peculiar de esta contingencia de lo humano se encuentra en lo pendular y variable de los caracteres y situaciones: sueño-vela, prisión-libertad, ira-serenidad, infidelidad-compromiso, violencia-paz. La suerte de Rosaura se ve sometida al vaivén y mudanza de los hombres, como ocurre con el afecto de su liviano prometido o su propia consideración o reputación social. Hasta el propio rey Basilio encarna esta contingencia, al reconocer su impotencia y falta de capacidad frente al curso de los acontecimientos, que parecen desbordarle y superar sus fuerzas repetidamente. En especial, los defectos y debilidades morales de los personajes mostrados en la obra nos brindan un ameno espejo de este tenor creatural e imperfecto de los humanos, así como de su dependencia filial de Dios y de su gracia. La vida humana, en suma, según esto, constituye un inconstante juego, al que como indica el título del drama cabría caracterizar como un cierto sueño, en cuanto no supone la última

<sup>22</sup> P. Calderón de la Barca, P., *La vida es sueño*, op. cit., p. 80. Versos 131-132.

<sup>23</sup> Estas cuestiones aparecen en las meditaciones de Gracián, por ejemplo. Cf. Gracián, B., *Oráculo manual y arte de prudencia*, Madrid, ed. de E. Blanco, Cátedra, 2005.

palabra, la realidad final y más sólida que en cambio se halla tras esta existencia pasajera o mundana, temporal y provisional. Así: “Es verdad; pues reprimamos/ esta fiera condición,/esta furia, esta ambición,/por si alguna vez soñamos./Y así haremos, pues estamos/ en mundo tan singular,/que el vivir sólo es soñar;/y la experiencia me enseña,/que el hombre que vive, sueña/lo que es, hasta despertar”<sup>24</sup>.

Calderón sabe siempre expresar con maestría esta dependencia del hombre respecto a su Creador, frente a otras concepciones autosuficientes, alzadas antes y durante su tiempo, todavía presentes en nuestra sociedad, según las cuales el ser humano ni necesita ni espera nada de Dios. Nuestro drama, por tanto, nos ayuda a estar en guardia en cambio ante estas concepciones que, hoy, toman la forma de la magia, la adivinación o astrología, del positivismo científico, del tecnicismo, del economicismo o del materialismo que suponen la idolatría respectivamente de la superstición, la ciencia, la tecnología o el dinero y los bienes puramente materiales. Todas estas corrientes, tan omnipresentes en nuestro tiempo, negaban y niegan la relación filial y amorosa de los seres humanos respecto a Dios, y desembocan de alguna manera en formas o estilos de vida en la práctica materialistas y relativistas, que la convierten de acuerdo a las doctrinas ateas y existencialistas en un intento vano y frustrante, inútil y condenado al fracaso y a la nada, en una realidad carente de sentido y de valor. Contra esto, se levantan hermosos, serenos y esperanzados los versos finales de Calderón, en boca de Segismundo, en nuestro profundo drama, que implican una reivindicación del valor de la vida humana ya incluso en este mundo: “pues así llegué a saber/que toda la dicha humana/en fin pasa como un sueño,/y quiero hoy aprovecharla/el tiempo que me durare”<sup>25</sup>.

### *La imagen de Dios reflejada en lo humano: un ser llamado a la libertad.*

La teología y antropología subyacentes en *La vida es sueño* no se conforman con sostener el carácter contingente y creatural de los seres humanos, o su dependencia última de Dios. En sus versos, desde las primeras intervenciones de Segismundo en el drama, se contiene la afirmación de que el hombre constituye una criatura muy singular y compleja, en el seno del mundo, un ser dotado de una rica sensibilidad interior, profundamente inquieto por dentro, que se encuentra en busca de un sentido para su existencia y que anhela una vida más plena, auténtica y mejor, por encima de las variables circunstancias, vanidades y apariencias que lo acompañan.

<sup>24</sup> Calderón de la Barca, P., *La vida es sueño*, op. cit., p. 148. Versos 2148-2157.

<sup>25</sup> Calderón de la Barca, P., *La vida es sueño*, op. cit., p. 188. Versos 3312-3319.

En el ser humano, de acuerdo con la obra, de una manera misteriosa, pese a sus luces y sombras, cabe admirar la huella indeleble de la imagen de Dios, incluso entre las brumas y nieblas de su siempre ambivalente condición. Esta concepción se opone a cierta visión pesimista y derrotista acerca de la existencia humana que cabía advertir en aquel turbulento tiempo, y que todavía hoy mismo se puede detectar. Entre las causas de esta, aparte de los trágicos sucesos históricos y sociales de entonces, cabe citar la expansión de determinadas y desencantadas teorías filosóficas y teológicas acerca de la naturaleza o limitación humanas, el acento excesivo en nuestra debilidad moral, la insistencia exclusiva en el peso de la mancha o pecado original, la negación de la bondad de las obras humanas en orden a la salvación, la creencia de que estamos del todo predestinados pese a nuestros esfuerzos o afanes, así como otras fórmulas del protestantismo y el fideísmo extremos, que en nuestra era toman la forma de un existencialismo, determinismo y nihilismo privados de toda esperanza.

Calderón no presenta a sus personajes como meras marionetas del destino, simples títeres de los hechos descritos, juguetes infelices de los hados o de la fortuna, sino que late en ellos un impulso libre y poderoso que les ayuda a trazar de un modo personal su propio camino. Segismundo, Rosaura, Basilio, los cortesanos y el pueblo logran al cabo, pese a las condiciones que les oprimen desde el inicio, liberarse de un final desgraciado y sobre todo fijado de antemano. En contraste con las versiones de la existencia expuestas con frecuencia por la tragedia clásica, o por algunas otras formulaciones dramáticas cercanas al determinismo (pensemos en ciertos pasajes de *Macbeth* de Shakespeare, etc.), Calderón opone la fuerza de la libertad, del amor y de la gracia. Sus personajes se enfrentan a un sino que parece implacable y tirano, ejercen su libertad y alcanzan a labrar su propio camino por encima de una necesidad ciega e irrevocable. Segismundo, contra los pronósticos y previsiones, se transforma en un príncipe prudente. Su historia constituye una aleccionadora alegoría acerca de la posibilidad de conversión personal. Esta puerta abierta a la esperanza, gracias a la ventura de nuestros personajes, nos habla de la oportunidad siempre presente de vivir unas relaciones humanas auténticas, fecundas, enriquecedoras.

He aquí el mejor testimonio calderoniano en favor de la libertad, una libertad que en su drama va mucho más allá de la mera libertad «de» o frente a determinadas ataduras o limitaciones, más allá de esa simple libertad negativa que consiste en romper constricciones. Aquí, nos hallamos ante seres libres en su sentido más hondo, con libertad para hacer el bien, amar a otros y reconocer con humildad la verdad en sus vidas, sujetos libres y a la vez ligados a los demás y a los más altos valores. Segismundo acaba por revelarse libre no ya de sus solas cadenas físicas o materiales y de sus impulsos, sino libre para reconocer sus errores, amar y perdonar. En los pasajes finales, resplandece un hondo sentido cristiano en el príncipe, que se

funda en la humildad más honda y que le orienta al servicio fraterno, en lugar de al dominio y al despotismo crueles. Así, la libertad de Segismundo no se opone al seguimiento del amor ni al bien o la gracia divinos, no es una mera indeterminación o indiferencia de la voluntad en sentido suarista<sup>26</sup>.

*Llamados desde lo alto a restaurar el encuentro con los otros.*

Gracias a esta profunda visión de Dios y del hombre, que recorre como un hilo conductor la obra, aparece una magnífica fuente de luz, capaz de iluminar nuestra propia vida, hoy, y la de nuestros contemporáneos. Esta luz convierte en un auténtico clásico el drama que glosamos. En efecto, Calderón nos regala al cabo una forma de vivir la relación con Dios y nuestros congéneres llena de hondura y plenitud. Los avatares experimentados aquí en los lazos entre Dios y los hombres reflejan, en el transcurso de las sonoras estrofas, toda una llamada, una apelación al encuentro personal por parte de un Creador no tirano sino amoroso, un Padre rico en misericordia que espera de nuestra libertad una respuesta en clave de benevolencia. Se trata, en suma, de una llamada a elevar nuestra mirada a lo alto y a restaurar el corazón, un corazón tantas veces doliente y herido, como ocurre sin duda con los de Segismundo y Rosaura. Los interiores de ambos personajes muestran cicatrices muy profundas, engendradas por las propias vivencias, y reclaman a lo largo del drama verse sanados, curados, aliviados de tales heridas. Segismundo ha sido rechazado y maltratado por su padre; Rosaura se ha visto injustamente tratada por su prometido. Ciertamente, esta situación interior de nuestros protagonistas resulta mucho más relevante para el sentido global del drama que sus cambiantes circunstancias y contextos, como: prisión o corte, Polonia o extranjero, lamento o regocijo, prestigio o descrédito, sueño o vigilia, etc. Sanar esos corazones se convierte en el verdadero argumento, en el hilo conductor más profundo de nuestros versos.

Ahora bien, restablecer la paz y la armonía en esos interiores o corazones humanos, que se han visto agitados y convulsionados dolorosamente, durante largo tiempo, no resulta tarea fácil ni de un día. Por esto, la aventura requiere de todo un drama, como genialmente supo ver Calderón, toda una azarosa vida convertida en teatro de afanes, experiencias y consideraciones llenas de hondura y riqueza. Hay pues toda una evolución, a medida que transcurren las jornadas y sucesos, en muchos personajes, en cuanto a su forma de plantear sus vínculos, con Dios, consigo

---

<sup>26</sup> Torrijos, David, “Báñez frente a Suárez acerca de la libertad”, en *Bajo palabra*, época nº II, nº 26, 2021, pp. 179-200. DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2021.26.009>.

mismos y con quienes les rodean, en especial en los casos de Segismundo y Rosaura. También ocurre esto mismo en cualquier existencia humana, siempre de algún modo en devenir y en proceso de maduración en lo relacional, como sabemos.

La penosa e injusta relación de Segismundo con su padre se halla en la raíz de su honda herida interior, y es la causa desencadenante de los hechos consignados. También en Rosaura, la fractura de los vínculos con su padre y luego con su prometido, está en el origen de las cicatrices internas que la acompañan. Estas heridas impregnan, de algún modo, con su dolor e influencia, en ambos protagonistas, las restantes relaciones que despliegan con los otros personajes. Configuran además sus respectivas concepciones de la vida, la moral y aún de lo espiritual. Ambos personajes se encuentran decepcionados hondamente por los otros, y sus lazos con lo trascendente, consigo mismos y los demás están llenos de resentimiento y de amargura. Así, de nuevo insistimos en que Segismundo plantea su vínculo con lo trascendente, al principio, ante todo como una desgarrada queja o protesta: “Apurar, cielos, pretendo/ ya que me tratáis así...”.

Además, las relaciones interpersonales –paterno-filiales o afectivas-, aquí descalabradas de algún modo, no sólo perturban el corazón de los protagonistas, sino que desequilibran y afectan a todos, conciernen y alcanzan a quienes van apareciendo en la obra. Ni Segismundo ni Rosaura pueden seguir con fecundidad su verdadera vocación debido a estas fracturas, y hasta que no se restablecen de ellas no corona la felicidad las existencias de cuantos con ellos se relacionan. El resentimiento contra el cielo y contra sus congéneres parece dominarles, en un principio, y condicionar sus avatares, así como sus interacciones con quienes se hallan en su camino. Ellos mismos se auto-contemplan como víctimas incomprendidas que se ven empujadas al desengaño respecto a la propia vida y la relación con los otros, a la queja, la reivindicación, la rebeldía permanente, sin alcanzar a la vez satisfacción y sin encontrarse plenamente de manera fecunda con nadie: su soledad les persigue, como su perpetua indignación. Ahora bien, esto mismo les sucede hoy a muchas personas en nuestra indignada sociedad. Gracias a la obra, cabe entender en efecto cómo se fraguan estos dinamismos de indignación y frustración personales y comunitarios. En efecto, la relación con el Tú con mayúsculas y con el tú de los otros influye intensamente, como revela la pieza, en el desarrollo de la propia subjetividad y desde esta en el vínculo intersubjetivo y social. De hecho, también hoy se ha reivindicado un humanismo en clave de honda apertura al Otro, a lo más alto, y se ha reflexionado acerca de los lazos entre el encuentro con los otros y la apelación de la Transcendencia, como muestra el hondo pensamiento de E. Lévinas<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Así ocurre en Lévinas. Cf. Lévinas, E., *Humanismo del otro hombre*, traducción G. González, Madrid, Caparrós, 1993.

Junto a todo lo precedente, debe atenderse al papel crucial del amor en la restauración de las heridas humanas y en la sanación de las relaciones en la obra. El amor, en nuestro drama, es el verdadero educador en valores de los sujetos, tal como ha advertido con perspicacia la filósofa Juana Sánchez-Gey<sup>28</sup>. Así, la llamada “pedagogía del amor” constituye una clave axiológica crucial, que va afectando en estos vínculos relacionales –tanto en los inter-humanos como en los orientados a lo que supera lo humano-. Gracias al amor entre unos y otros personajes, como el de Rosaura por Astolfo, o el de Segismundo por esta –finalmente él cede y hace factible el primero-, se abre un horizonte distinto al del inicio, que fue el de la ira, la violencia, el resentimiento, la destrucción. El amor hace posible en la obra la sanación de los vínculos y relaciones, la vivencia de los valores, el desarrollo de la persona en ellos, la educación moral, en fin. Gracias al amor, por ejemplo, y a la actitud de Rosaura, Segismundo va siendo formado en unas actitudes y relaciones distintas, no destructivas, sino creativas, fecundas, que le permiten superar sus impulsos originales.

Por todo lo dicho, sólo cuando Segismundo comprende que la humildad<sup>29</sup>, y no el rencor o el orgullo, deben presidir la vida y gobernarla desde dentro, se abre la luz capaz de resolver el drama. La humildad en su dolorido corazón será la llave que devuelva la armonía perdida a su propio interior y a los demás habitantes del reino. No podía resultar de otro modo en este contexto, dado que esta virtud constituye, según Tomás de Aquino, autor decisivo para la antropología y teología que impregnan lo calderoniano, la clave de acceso a todas las otras, además del eje imprescindible de cualquier relación fructífera con nosotros mismos, con los demás, con Dios y con cuanto nos rodea.

Segismundo logra abandonar su protesta continua al cielo, su reproche sin fin a todos y a todo, su indignación permanente. Así, alcanza a superar su rencor para con Dios, con el rey y los demás personajes. Es esto lo que, en el fondo, trae la solución y dicha en nuestro drama. Comprende, al término del mismo, que el ser humano no puede medirse con cuanto existe como si él constituyera su único horizonte de sentido, de verdad o de valor. Él mismo en persona ha errado gravemente en el uso de su poder, y no ya su padre u otros. Ha abusado también de su libertad recobrada, ha visto frustrados sus afanes justicieros, ha traicionado sus propias expectativas. Ahora bien, no es su fracaso lo que importa, sino el que ha aprendido

---

<sup>28</sup> Sánchez-Gey, J., *Fernando Rielo: una biografía intelectual*, Santa Cruz de Tenerife, Idea, 2020, p. 131-132. En este texto, la autora expone las claves de esta pedagogía del amor desde el pensar de Rielo y su metafísica de la “concepción genética del principio de relación”, así como su antropología del ser humano como un ser espiritual finito abierto al infinito, un sujeto consciencial, místico, en el que se da la divina presencia como constitutiva, por lo que este se ve definido desde el Sujeto Absoluto.

<sup>29</sup> Sobre el valor de la humildad y su vínculo con el desarrollo integral, el encuentro con los otros y la felicidad, puede verse: Barraca, J., *Vivir la humildad: ensayos contra la soberbia*, Madrid, San Pablo, 2011.

la honda lección de la humildad en su misma carne, en su historia personal (algo que también le sucedió a Calderón y a muchos de sus coetáneos). Después, la armonía restablecida en su relación con Dios, consigo mismo y los otros inspirará la reparación ulterior de los restantes lazos de la obra, como los de Rosaura, Basilio, el pueblo, etc. Para ello, el perdón jugará un papel capital, tal como se ve en la resolución final del argumento. Pues perdona a su padre, y a sí mismo, y a quienes le agraviaron; pero también pide perdón, y llama a todos a cultivar esta misma actitud, que ha logrado aprender e incorporar finalmente. Los últimos versos así lo consignan: “pidiendo de nuestras faltas/perdón, pues de pechos nobles/es tan propio el perdonarlas”<sup>30</sup>.

Ahora bien, ¿no ocurre algo, hoy, en parte semejante, en nuestra agitada sociedad? También, como en el drama, estudiado, en nuestra época y contexto, asistimos a un estado de grave deterioro en las relaciones familiares, educativas, sentimentales o afectivas, institucionales y socio-jurídicas. Mas, según lo aquí observado, este deterioro puede estar asociado con un planteamiento erróneo de las relaciones con uno mismo y con lo que nos supera. De la indiferencia o el rencor, acaso debamos pasar a un enfoque de nuestros vínculos más hondos orientado por valores tan decisivos como la misericordia y compasión, la humildad o el perdón, a imitación de lo acontecido en la obra. Como se muestra en el drama, la restauración de unas relaciones de fondo o fundamentales sobre la clave de la armonía puede cooperar enormemente a la tarea de tejer un nudo de vínculos fecundo y realizador en nuestro tiempo.

Debido a todo esto, desde hace ya tiempo, se viene abogando por la conveniencia actual de desarrollar toda una reflexión y una pedagogía del encuentro y de los vínculos. Parece que, dado el desarraigo y la desvinculación, la ausencia de formas de unidad fecundas, que padece el sujeto moderno, atomizado y masificado al tiempo, hoy más que nunca en la historia, precisamos de una educación fundada en alianzas profundas. En este sentido, de nuevo el mencionado Kentenich explicó: “La pedagogía de las vinculaciones responde a la ausencia de vínculos, al desarraigo universal y a la pérdida de vinculación al nido que sufre el hombre actual”<sup>31</sup>.

## CONCLUSIONES

En esta honda obra de Calderón cabe advertir lo estrecho de la vinculación entre la forma de relacionarnos con Dios o lo trascendente, con nosotros mismos y

<sup>30</sup> Calderón de la Barca, P., *La vida es sueño*, op. cit., p. 188. Versos 3317-19.

<sup>31</sup> Kentenich, J., *Textos pedagógicos*, op. cit. p. 444.

con los otros. Todos estos campos de relación se influyen circularmente entre sí. Esto lo apreciamos tras el análisis del carácter y evolución de sus personajes. Además, a través de la concepción teológica y antropológica, subyacente en el drama, de inspiración evangélica, contemplamos cómo se obra en este un hecho: el del restablecimiento de la armonía entre lo natural y lo sobrenatural, la articulación de lo humano y lo divino, la integración del orden de las relaciones con Dios y el de los vínculos con la propia subjetividad y con los demás seres humanos. Así, el misterio de la gracia recibida, en el interior de su misma herida o vulnerable naturaleza, por parte del protagonista, obra en él desde dentro hacia fuera la maravilla de la reconciliación de los diversos planos de relación que le involucran: el plano con lo trascendente, el plano reflexivo consigo mismo y el plano del encuentro con los otros. Esto, debido a la lección de amor y humildad que ha aprendido, tras reflexionar acerca de sus experiencias, en el curso de la pieza. Esta lección le ha enseñado que es de Dios o de lo alto, a quienes al inicio él dirigía sus reproches, y de su forma de relacionarse con estos, antes que de sus propias fuerzas o intentos, de quienes cabe esperar el bien capaz de restañar sus heridas, de reparar los vínculos y lazos quebrados. Segismundo descubre que es la gracia, en el interior de su mismo corazón y debilidad, el verdadero camino para la felicidad, y para unas relaciones interpersonales auténticamente fecundas.

Ahora bien, todo esto puede darnos claves fecundas para interpretar nuestro tiempo, y así restaurar las relaciones quebradas y quebradizas con los otros, que parecen expandirse en cadena en nuestra atomizada sociedad. Para restablecer la armonía en lo relacional, el drama aboga por cultivar un vínculo con la trascendencia adecuado, que nos ayude a interpretarnos a nosotros mismos y a los otros, de acuerdo con unos acendrados valores, fundados en la confianza. Se trata de cultivar determinadas actitudes, en concreto las del perdón, la humildad y la esperanza; frente a la desesperación, el rencor o resentimiento, la soberbia o autosuficiencia, la violencia y la indiferencia. Sin duda, las profundas lecciones de esta obra maestra para el orden de lo interpersonal y social resultan, también hoy, esclarecedoras. Pero el que seamos o no los sujetos humanos de nuestro tiempo capaces de aprender de su mano tan cruciales valores constituye ya otra cuestión, que excede este lugar. En la obra, quien alcanza a sentir a lo trascendente -o a su propio origen y fundamento- en la forma de una persona y realidad cercana, llena de afecto y consideración, aprende a la par a ser fruto o hijo agradecido y, así, por ende, hermano, verdaderamente fraterno y compasivo de sus congéneres. Calderón expresa, en definitiva, que quien se sabe amado y perdonado con radicalidad aprende a amarse y perdonarse a sí mismo y, al cabo, a amar y perdonar a su vez a los otros.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aquino, T. de, *Suma de Teología*, Madrid, BAC, colección Maior, 1990.
- Barraca, J., *Vocación y persona: ensayo para una filosofía de la vocación*, Madrid, Unión Editorial, 2003.
- Barraca, J., *Vivir la humildad: ensayos contra la soberbia*, Madrid, Ed. San Pablo, 2011.
- Barraca, J., *Originalidad e identidad personal*, Madrid, Ed. San Pablo, 2017.
- Buber, M., *Yo y Tú*, Guatemala, Ed. Sinergia, 2014, traducc. C. Díaz.
- Calderón de la Barca, P., *La vida es sueño*, Madrid, Cátedra, 1979.
- Frankl, V., *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 2001.
- Gracián, B., *Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. de E. Blanco, Madrid, Cátedra, 2005.
- Kentenich, J., *Textos pedagógicos*, Santiago, Ed. Nueva Patris, 2008.
- Kierkegaard, S., *La enfermedad mortal*, Madrid, Trotta, 2008.
- Kohanski, A. S., *An analytical interpretation of Martin Buber I and Thou*, Nueva York, Barron's educational series, 1975.
- Lévinas, E., *Humanismo del otro hombre*, traducción G. González, Madrid, Caparrós, 1993.
- López Quintás, A., *El arte de leer creativamente*, Barcelona, Stella Maris, 2014.
- Maceiras, M., *Identidad y responsabilidad*, discurso de apertura del curso académico, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1994.
- Menéndez Pelayo, M., *Historia de las ideas estéticas en España*, vol. I, Madrid, CSIC, 1974.
- Morón, C., "Introducción", en *La vida es sueño*, Madrid, Cátedra, 1979, pp. 11-63.
- Ricoeur, P., *Sí mismo como otro*, trad. A. Neira, Madrid, Siglo XXI, 1996.
- Sánchez-Gey, J., *Fernando Rielo: una biografía intelectual*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2020.

Torrijos, David, “Báñez frente a Suárez acerca de la libertad”, en *Bajo palabra*, época nº II, nº 26, 2021, pp. 179-200. DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2021.26.009>.

Truyol y Serra, A., *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*, vol. II, Madrid, Revista de Occidente, 1976.